

LA "NUEVA" POLITICA ECONOMIA NORTEAMERICANA: KEYNESIANISMO, PROTECCIONISMO Y POLITICAS DE OFERTA

Juan R. Cuadrado Roura
Catedrático de la Universidad de Alcalá
Profesor Visitante en la U.C., Berkeley

Que George Bush pudiera perder las últimas elecciones a la Presidencia de los EE.UU. era algo casi inconcebible nueve o diez meses antes de su celebración. El reforzamiento del liderazgo de Norteamérica a escala mundial, que se había logrado bajo su mandato, parecía un capital más que suficiente para asegurar su reelección. Su punto más débil: el bajo crecimiento económico y unas elevadas tasas de desempleo en casi todos los estados, podían y debían mejorar antes de llegar a las elecciones, con la ayuda de algunas medidas de apoyo a la inversión y a las exportaciones que se aplicaron con relativa antelación.

Estas previsiones no sólo eran compartidas por los miembros del Partido Republicano y por la mayor parte de los empresarios y ejecutivos del país, sino que eran también claramente aceptadas por una parte relevante de los demócratas. La mejor prueba de ello es que varios 'pesos pesados' del Partido Demócrata renunciaron a presentar su candidatura a la nominación como candidatos presidenciales, ante el temor de quemar sus posibilidades políticas para el futuro. Era preferible esperar a las elecciones de 1996, en las que el candidato republicano ya no sería el propio Presidente Bush y existirían, por tanto, opciones más claras de triunfo.

Lo que ocurrió, sin embargo, es bien conocido. Uno de los pre-candidatos supuestamente 'menores' que se había presentado a las primarias del Partido Demócrata y las ganó, el gobernador Bill Clinton, se alzó también con la Presidencia. Aunque su triunfo no fue aplastante, recibió los votos de un amplio espectro electoral: recuperó a la mayoría de los votantes demócratas que en elecciones anteriores habían apoyado al candidato republicano, se ganó a una buena parte de los llamados independientes (aunque Perot también tuvo aquí su baza), así como a una importante mayoría de las mujeres. Arrastró, sobre todo, a un gran número de jóvenes (nuevos votantes) y profesionales de su propia generación, y no le faltaron apoyos entre los negros (o afroamericanos, como ahora se les denomina) y los hispanos.

El éxito electoral de B. Clinton y de A. Gore ha sido objeto ya de numerosos análisis que aquí no vamos siquiera a mencionar. Su excelente estrategia política, su atractivo personal y su pertenencia generacional jugaron, sin duda, un papel muy importante en el triunfo. Pero, lo que resulta innegable es que el hecho de centrar su programa en los **problemas económicos y sociales internos** fue un elemento absolutamente clave. La falta de recuperación en la economía (a pesar de los datos de última hora), el fuerte desempleo existente (8,5%, como media, con tasas más elevadas en estados tan decisivos como California), el déficit fiscal acumulado, las dificultades de algunos sectores clave (automóvil y siderurgia, pero también los de electrónica e informática), y el aumento de las diferencias en términos de riqueza y de bienestar durante los 12 años del

mandato republicano, representaron para Bush un lastre imposible de remover, a pesar de disponer de algunos activos e importantes bazas a su favor.

EL PROGRAMA ECONOMICO DE CLINTON: LA HORA DE CONCRETAR.

La economía fue, nadie lo duda, lo que inclinó la balanza electoral en favor de Clinton, que prometía un programa de medidas más claro y esperanzador. La economía y las prioridades sociales elegidas: impulsar la inversión (pública y privada), crear empleos, reducir el déficit, aumentar los impuestos a los ricos y personas con altos ingresos, y atender las necesidades de un amplio espectro de grupos sociales con problemas: desde los afectados por el SIDA hasta muchos jóvenes sin buena formación y los habitantes de los barrios y áreas urbanas más pobres. La 'Reaganomics' fue dejando cada vez más al margen a todos estos grupos, dando lugar a un auténtico ejército de jóvenes y personas de media edad sin una formación adecuada a las demandas del mercado, médica y educativamente mal atendidos, y sin posibilidades de contribuir a mejorar la **eficiencia real** del sistema productivo, caso de que llegasen a encontrar algún tipo de empleo.

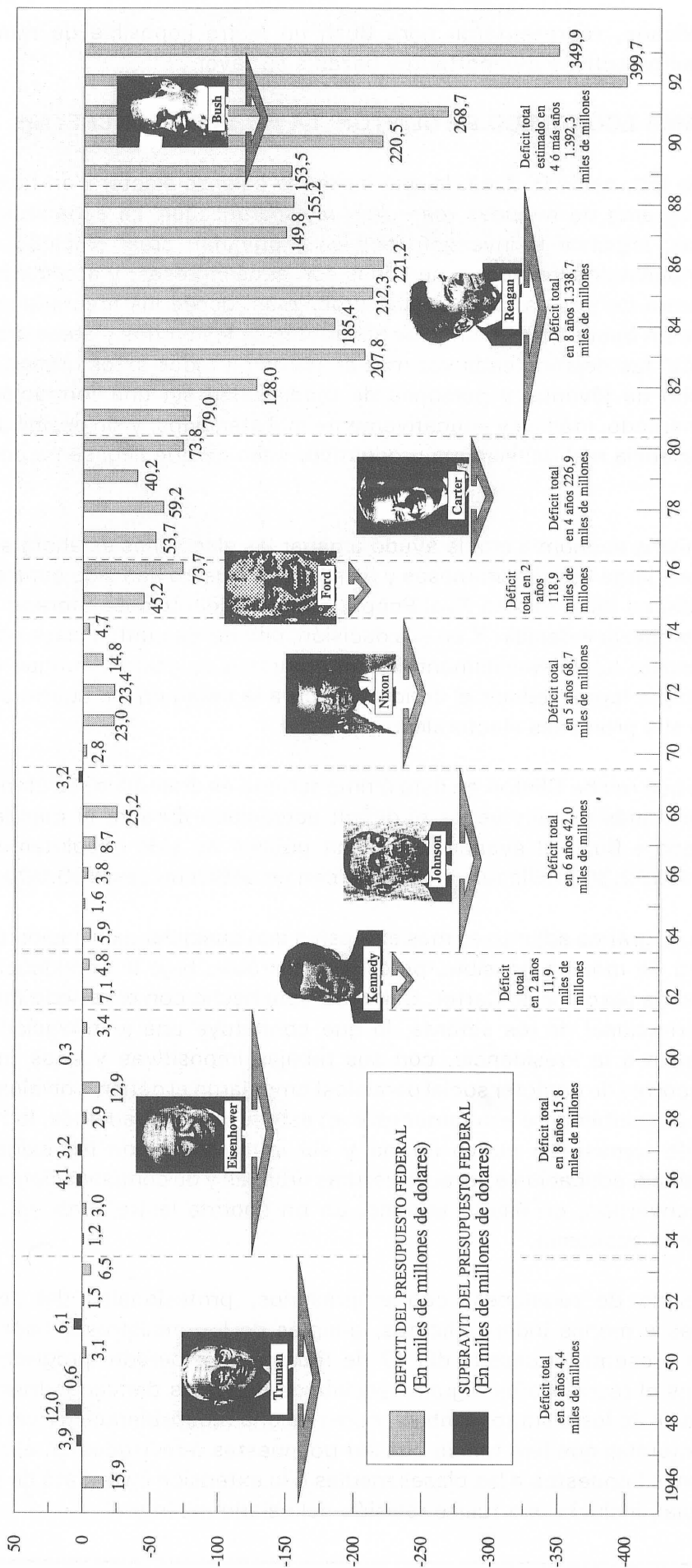
Pero, esa misma economía que le ayudó a ganar las elecciones es ahora su mayor enemigo. "Clinton tiene una larga lista de promesas y de números que no han sido contrastados ni puestos en orden", señaló no hace mucho Ryal Poppa, director ejecutivo de Storage Technology Corp. "Ahora deberá empezar a decidir. Y en esa decisión, uno de los puntos clave es: cómo desarrollar el programa previsto (que esencialmente es un programa de gastos, aunque sean de inversión) y, al mismo tiempo, lograr reducir el déficit público a la mitad en los cuatro años de mandato", que fue una de sus promesas electorales.

La herencia que recibe Clinton en este último terreno es dramática. La etapa Reagan significó ya multiplicar por más de seis veces el déficit acumulado durante el mandato del Presidente Carter. Con George Bush el avance del déficit público ha sido absolutamente espectacular, alcanzando los 1.392.300 millones de dólares, con un déficit de casi 400.000 millones en 1992.

Al respecto, el gráfico adjunto es más expresivo que cualquier explicación detallada. El déficit federal aumentó de manera sensible, pero no intolerable, bajo la presidencia de Ford (tras la forzada dimisión de Nixon) y de Carter. Coincidió este hecho con el período más duro de la crisis económica internacional de los setenta, lo que constituye una justificación. Sin embargo, la llegada de Reagan a la Presidencia, con sus rebajas impositivas y unos mayores gastos en defensa (con recortes de carácter social paralelos) empujaron el déficit a niveles nunca conocidos. Bush ha batido absolutamente a su antecesor en este terreno. Y, además, lo ha hecho sin lograr que la economía tomase un nuevo rumbo y sin enfrentarse con las exigencias sociales en términos de sanidad, educación e infraestructuras urbanas y de comunicaciones. Mejor dicho, ese déficit se ha convertido, en último término, en un enorme lastre y no en una ayuda para la recuperación de la economía.

Tras una serie de reuniones, con empresarios, profesionales del sector financiero y académicos más o menos independientes, además de los ministros y asesores de su propio equipo, Clinton presentó el pasado día 17 de febrero su esperado 'programa económico'. Un programa que es el resultado de algunos equilibrios y ajustes derivados tanto de las presiones recibidas por parte de los distintos **lobbies**, como de una **reconsideración** más realista de algunas 'promesas' electorales que han tenido que ser pospuestas o revisadas (p. ej.: el compromiso de no gravar con más impuestos a las clases medias o la extensión inmediata de algunos beneficios de carácter social, incluida una fuerte revisión del salario mínimo).

EL DÉFICIT PRESUPUESTARIO FEDERAL



Fuente: *San Francisco Chronicle*, febrero 1984 e indicadores Económicos, junio 1992, preparado para el Comité Económico Conjunto por el Consejo de Asesores Económicos.

Aunque todavía recibirá algunos retoques y adiciones relativos a temas todavía no desarrollados, el programa propuesto por Clinton consta de tres líneas fundamentales:

- La primera, concebida como una acción de choque y de estímulo inmediato a la economía, implicará la inversión de 30.000 millones de dólares, que deben servir para 'activar' la economía y crear de forma rápidas unos 500.000 empleos nuevos.
- La segunda, con objetivos a medio/largo plazo, se dirige a mejorar las bases de crecimiento económico, centrándose especialmente en las infraestructuras y la recapitación de la mano de obra a distintos niveles. A tal efecto, se prevé una inversión de 160.000 millones de dólares en cuatro años, destinados a autopistas (8.400 millones), desarrollo de nuevos transportes (la alta velocidad, entre ellos), planes sobre el medio ambiente (8.000 millones), desarrollo rural, programas de reconversión de las industrias de defensa (3.200 millones), apoyos a la tecnología e investigación (17.000 millones), formación profesional (37.800 millones), asistencia social (24.000 millones) y sanidad (a la que se destinan 25.600 millones para mejoras, entre los cuales 3.000 millones para la lucha contra el sida). Estas actuaciones se estima que podrán crear unos 8 millones de empleos en los próximos cuatro años. El programa incluye, como apoyo a la creación de empleo privado y renovación de equipos 24.100 millones en incentivos.
- Por último, el plan estratégico propone un amplio bloque de medidas orientadas a reducir el déficit fiscal. La cifra a rebajar se ha estimado en 500.000 millones de dólares a lo largo de los cuatro años, aunque en los dos primeros las metas son sensiblemente más bajas que en el bienio final. Los recortes en materia de gastos afectarán principalmente a la defensa (76.000 millones), la supresión de puestos, programas y organismos de la Administración (100.000 funcionarios federales menos, y un 25% del personal de la Casa Blanca) y a determinados gastos sanitarios. Simultáneamente se revisan al alza algunos impuestos: el de la renta, para ingresos muy elevados, pero también los medios; el de empresas y sociedades, aunque, con ventajas para quienes inviertan; los gravámenes a las empresas extranjeras; y algunos impuestos sobre productos energéticos, excluyendo las nuevas energías no contaminantes. Se revisan, asimismo, algunas deducciones fiscales que hasta ahora existían para las familias y determinados **lobbies** y se prevén desgravaciones para las empresas que inviertan en I + D o realicen renovaciones en sus instalaciones y equipos.

El programa tiene algunos 'renglones no escritos', y quizás no bien definidos todavía, pero que el equipo Clinton pondrá seguramente en práctica porque, de hecho, ya ha dado pasos en tal sentido. Se trata, por ejemplo, de la posición que EE.UU. adoptará con respecto a sus más directos competidores en el comercio internacional (Japón y la C.E.), con objeto de proteger sus intereses -así se ha subrayado- de los 'abusos' y medidas proteccionistas que dichos países vienen aplicando en algunos sectores clave, como el automóvil, la informática, las comunicaciones, la biotecnología y otros. También entran en este terreno algunos temas conflictivos de las negociaciones en curso en el GATT, e incluso el ritmo de avance y otros puntos concretos del Acuerdo de Libre Comercio con México y Canadá.

LAS PERSONAS... Y LAS IDEAS DE LA LLAMADA 'CLINTONOMICS'.

Los norteamericanos -mejor sería decir, quizás, los medios de comunicación norteamericanos- son muy aficionados a rotular rápidamente las políticas de sus gobernantes. La '**Reaganomics**' (es decir, la política económica que inició Reagan en 1986 y que se concretó en ideas tan populares, entre otras, como la desregulación, la privatización, determinadas rebajas impositivas

y apoyos a la oferta productiva), está dejando paso a un nuevo enfoque de la política económica que -abusivamente, a mi entender- ha empezado a calificarse ya como 'Clintonomics'.

Nadie duda de que el equipo de Clinton está dando a la política económica una nueva orientación, pero seguramente es prematuro considerar el nuevo programa de medidas como un enfoque propio y -menos todavía- absolutamente *nuevo* en las cuestiones económicas, aunque sus planteamientos son bastante distintos de los que, con sus más y sus menos, estuvieron vigentes durante los últimos 12 años.

¿Quiénes están detrás de esta 'reorientación' de la política económica y en qué consisten sus ideas básicas?

Los nombramientos que Clinton y Gore (cuyo papel no hay que desdeñar) han realizado para algunos puestos económicos clave son bastante significativos del giro que se piensa dar a la política económica.

El fin del reinado o de la fuerte influencia de la Escuela de Chicago parece que ha llegado. El libre mercado ya no merece tantos parabienes como en los últimos años. La idea de que el gobierno debe actuar entra de nuevo en acción. Vuelve a pensarse que las autoridades deben intervenir tanto para estimular la inversión privada y la creación de empleo (incentivos e inversión pública) como para resolver ciertos problemas y necesidades sociales que el mercado no sólo no soluciona sino que agrava. Sobre todo en terrenos como la educación, la capacitación profesional, las garantías de la asistencia sanitaria y su legalidad, o la creación y renovación de determinadas infraestructuras.

Rudiger Dornbusch, catedrático de Economía en el Massachusetts Institute of Technology, afirmaba recientemente que "el gobierno Clinton promete hacer exactamente el tipo de economía que el M.I.T. sostiene" ... "y esto significa, una elevada creencia en el mercado, pero también una intervención decidida del gobierno cuando ello sea necesario". Por ejemplo, en la formación de la mano de obra. Por ejemplo, en la promoción de inversiones de renovación tecnológica y productiva. Por ejemplo, en campos como las autopistas, el transporte ferroviario, la sanidad y otros. Lo cual no quiere decir que sea el gobierno quien necesariamente lleve a cabo estas actuaciones y las gestione, sino que sea él quien tome las riendas de las soluciones, quien señale los objetivos y quien apoye su logro, contando con la iniciativa privada cuando sea posible.

Uno de los hechos que ha llamado la atención, aunque no debería ser así, es que bastantes de los nuevos 'nombrados' por Clinton/Gore han pasado previamente o están todavía en el M.I.T.. Este es el caso de Laura Tyson, presidente del Consejo de Asesores Económicos, que obtuvo el doctorado allí, aunque es catedrática en Berkeley. Lo mismo ocurre con A. Blinder, hoy profesor en Princeton, aunque doctor por el M.I.T., que seguramente ocupará el segundo puesto en dicho Consejo. Asimismo, Lawrence Katz, profesor de Harvard, elegido como economista jefe del Ministerio de Trabajo, obtuvo el doctorado en el M.I.T., y David Cutler, que trabajará en el Consejo Económico Nacional, también se doctoró en el M.I.T. hace dos años, cosa que también ocurrió años antes con el propio Ministro de Defensa, Les Aspin.

Harvard también ha colocado -permitasenos la expresión- algunos de sus hombres. Reich, al que más tarde me referiré, era profesor en dicha Universidad, aunque no es un destacado economista; Alicia Munnell, agregada del Secretario del Tesoro para Política Económica, también procede de Harvard, aunque estaba en el Banco de la Reserva Federal en Boston; y L. Simmers y L. Katz eran profesores en Harvard, aunque doctorados en el M.I.T.

Por contra, los expertos procedentes de la Escuela de Chicago han perdido su influencia. William A. Niskanen, doctor por la Universidad de Chicago, que fue miembro del Consejo de Asesores Económicos de Reagan y actualmente está al frente del Cato Institute, un grupo de investigación sobre el libre mercado de Washington, ha mostrado su disgusto "por el activismo que se está apoderando del gobierno", y el propio C. Becker, premio Nobel de Economía en 1992, ha publicado ya algún artículo recordando la eficiencia del mercado como asignador de recursos y la necesidad de no caer ni en el proteccionismo ni en el intervencionismo.

Al menos en teoría, la confrontación de ideas económicas (véase el cuadro-resumen adjunto sobre lo 'in' y lo 'out' en Washington) es bastante clara, aunque en realidad las distancias son y seguramente serán de bastante menor entidad. Los académicos de Chicago apoyan unos bajos impuestos, tanto sobre las rentas como sobre el capital, afirmando que éstos desestimulan el trabajo y la inversión. La gente del M.I.T., de Harvard y de Berkeley, con excepciones, no están en contra de dichos impuestos y de su posible aumento. Creen que los ricos deben pagar más, que la inversión puede estimularse con incentivos fiscales, que la educación es una función gubernamental que puede y debe mejorarse, y que el déficit público puede servir para impulsar transitoriamente la actividad económica, si la distribución del gasto es la adecuada.

LO 'IN' Y LO 'OUT' EN EL ENFOQUE ECONOMICO DE CLINTON

	IN	OUT
Centro intelectual dominante	M.I.T. (Massachussets Institute of Technology; Cambridge, Mass.).	Universidad de Chicago
Lider doctrinal	Robert Solow Premio Nobel de Economía (1987). Teórico del crecimiento económico; principal partidario de los estímulos a corto plazo; destacó el papel de la tecnología, la formación y la innovación.	Milton Friedman Premio Nobel de Economía (1976). Impulsor teórico del papel de la oferta monetaria. Enemigo de la intervención gubernamental.
Referencia doctrinal básica	John M. Keynes Británico. Teorizó sobre el papel de la demanda agregada y cómo el gasto del gobierno puede contribuir a que las economías salgan de la recesión.	Friederich von Hayek Austriaco. Autor de varios trabajos seminales sobre las ventajas del libre mercado y su eficiencia como asignador de recursos.
Institución pensante (think tank)	Brookings Institution	American Enterprise Institute
Enfoque clave	Las imperfecciones del mercado	Las imperfecciones del gobierno
Que hacer...		
... en cuanto al crecimiento:	Mejorar la base económica y formar a los trabajadores no cualificados o necesitados de reciclaje.	Liberar las capacidades empresariales.
... en cuanto a los ricos:	Aumentar sus impuestos	Recortar sus impuestos.
Primer principio	"Tener una estrategia económica"	"Dejar que el mercado disponga o gobierne"
La frase preferida	"Pongamos al pueblo en primer lugar" (Clinton)	"Lean Vdes. mis labios..." (Afirmación preferida de Bush apelando a su supuesta credibilidad).

Fuente: N. York Times, 2 de febrero 1993, con algunas modificaciones

TRES NOMBRES CONCRETOS: REICH, TYSON, BROWN.

En el equipo económico de Clinton hay personas cuyo peso específico es claramente mayor que el resto. El vicepresidente Al Gore es, sin duda, y no sólo por su posición, una figura clave, con gran prestigio, excelente formación y enlaces en diversas direcciones. Aunque los temas económicos no son su responsabilidad más directa, ha estado presente en todas las reuniones de carácter económico y ha sugerido algunos nombramientos de relieve. Lloyd Bentsen, Secretario del Tesoro, es asimismo una figura muy destacada, aunque no parece haber influido en la definición del programa económico. Leon Panetta, Jefe del Presupuesto, sí que ha hecho valer sus criterios a la hora de definir posiciones con respecto al déficit presupuestario. A él se atribuyen algunas rectificaciones de las promesas de Clinton en cuanto a las subidas de impuestos y la estructura de los gastos federales.

Pero, hay tres nombres que merecen, en mi opinión, algunos comentarios. Se trata de Reich, Tyson y Brown. No son los únicos ni, quizás, los más importantes, pero sí que caracterizan los nuevos aires de política económica que corren por Washington.

Robert B. Reich, de 46 años, profesor de Harvard, especializado en ciencia política y de la Administración, que actuó como uno de los principales asesores económicos de B. Clinton a lo largo de toda la campaña, es el Secretario (Ministro) de Trabajo. A él se atribuyen las ideas que Clinton ha defendido sobre la necesidad de que el gobierno tome de nuevo serias responsabilidades en materia de educación, de formación y reciclaje profesional. Él ha sido también quien más ha abogado por la construcción de nuevas autopistas, infraestructuras y comunicaciones "con objeto de reforzar la industria americana, contribuir a hacerla más eficiente y crear más empleos mejor retribuidos...", en lugar de que éstos se creen -como ha venido ocurriendo- para un número relativamente bajo de personas bien cualificadas y bien pagadas y para un amplio número de personas que ocupan puestos sin continuidad, con escasa cualificación y mal retribuidos. Una de sus prioridades es que el Gobierno Federal "desempeñe un papel más activo en favor de la industria, para que ésta desarrolle tecnologías avanzadas".

Frente a las posiciones menos intervencionistas que han dominado en los EE.UU. en los últimos años, Robert Reich aparece, pues, como un claro partidario de la acción del Estado en materia de educación y de formación y reciclaje. Es un convencido de la importancia que tiene y tendrá el capital humano para que EE.UU. pueda lograr y mantener el liderazgo tecnológico a escala mundial. Clinton apoya este nuevo papel del Secretario de Trabajo (bien distinto del de puro administrador de la gran Agencia que de él dependerá, o de mantener buenas relaciones con los sindicatos). "El puesto de Secretario de Trabajo", dijo Clinton al nombrarle el pasado 11 de diciembre, "es una parte vital de mi equipo económico, porque invirtiendo en especialización y formación de nuestra mano de obra y, sobre todo, de nuestra juventud, estamos actuando en un punto central de nuestra estrategia para el crecimiento económico".

La Profesora **Laura d'Andrea Tyson**, miembro del Faculty de Economía y de Business de la Universidad de California en Berkeley, fue designada para el puesto de Presidente del Consejo de Asesores Económicos. Tiene 45 años, ha escrito un buen número de libros y artículos, dirige el Instituto de Estudios Internacionales de esa Universidad y ha sido promotora del BRIE (Berkeley Roundtable on the International Economy), cuya actividad se ha venido centrando en el análisis de la evolución de las industrias de alta tecnología y sus competidores a nivel mundial.

La profesora Tyson, la primera mujer que ocupa el puesto de Presidente del C.A.E., también colaboró con Clinton en la fase previa a las elecciones. Su elección muestra, asimismo, las

preferencias del próximo Presidente: nuevas ideas económicas; más realismo sobre la situación de la economía norteamericana; y más participación directa del gobierno en apoyo de la industria, cuando sea necesario. Laura Tyson se ha definido a sí misma como una 'cautious activist', que podría traducirse como una persona inclinada a la participación activa del gobierno, con cautela.

Algunas de las ideas que puede propugnar la profesora Tyson se encuentran en un reciente libro suyo que está recibiendo peticiones desde casi todas las partes del mundo, especialmente desde Japón. Su título: "*Who's Bashing Whom?. Trade Conflict in High-Technology Industries*" (¿Quién golpea a quien?. Conflictos comerciales en las industrias de alta tecnología), indica ya el centro de atención del trabajo, que en realidad ha sido el resultado de un conjunto de aportaciones y de seminarios desarrollados en el ámbito del BRIE. Arranca de un diagnóstico bastante pesimista sobre la situación de la economía norteamericana, en particular por las consecuencias que ha tenido en ella el hecho de que durante casi medio siglo los EE.UU. hayan dedicado sus mejores esfuerzos a los problemas internacionales y a la Guerra Fría. En los últimos diez años, afirma, los signos de preocupación han aumentado: "anémico crecimiento de la productividad, caída de los salarios reales, un sistema educativo crecientemente inadecuado, y el descenso de la participación de muchos productos de alta tecnología en los mercados mundiales";..." en definitiva, nuestra competitividad -definida como la capacidad para producir bienes y servicios que puedan superar el test de los mercados internacionales al tiempo que nuestros ciudadanos pueden disfrutar de un estándar de vida que sea a la vez creciente y sostenido- registra un lento pero perceptible declinar".

En el libro, L. Tyson apoya fuertemente la idea de utilizar la política del Gobierno para asegurar que los Estados Unidos tengan la iniciativa, y tomen la delantera, en los principales campos tecnológicos. Medidas como: subsidios a las empresas que desarrollan nuevas tecnologías, especialmente si otros gobiernos están haciendo lo mismo; posiciones fuertes en cuanto a las tácticas comerciales; y canalización de dinero hacia la investigación comercial, figuran entre las recomendaciones. Lo esencial es colocarse bien entre las industrias manufactureras con más altos ingresos.

En el corto plazo, la Sra. Tyson sostenía y sostiene que hay que dar también entrada a estímulos que hagan mover la economía. No concede excesiva importancia a la necesidad de actuar radicalmente contra el déficit fiscal. Y no tenía miedo a que unos impuestos más altos para los americanos más ricos (idea ahora contenida en el programa Clinton) pudiera ahogar el crecimiento económico.

Se trata, sin duda, de posiciones que son hoy objeto de controversia en EE.UU. y que no coinciden con las que predominaron en los doce últimos años. A Laura Tyson le preocupan no tanto los problemas teóricos (economía de la oferta vs. enfoque neokeynesiano) como los problemas 'reales' de la industria y su futuro, *donde el país se juega el suyo en su totalidad*. Sus conocimientos de lo que está ocurriendo en las industrias del Silicon Valley han tenido, sin duda, una especial influencia en sus ideas actuales. Pero, quizás no hay que olvidar que la Profesora Tyson mantuvo siempre unas ideas más próximas al intervencionismo (moderado) del gobierno que al libre juego del mercado. Sobre todo porque ha llegado al convencimiento de que 'nadie juega limpio'. Europa y Japón **también apoyan** a sus empresas y las protegen: "who's bashing whom?" .

Ronald H. Brown, Chairman del Comité Democrático Nacional, ocupa el puesto de Secretario del Departamento de Comercio. Algunos juzgan su designación como un pago político por su apoyo a Clinton. El New York Times comentó que Brown, a lo largo de su carrera, era conocido

por muchas cosas pero casi en absoluto en lo referente a su ideología. Su éxito radica en su habilidad para lograr compromisos. Como hombre de color ha luchado por la defensa y mejora de los derechos civiles. Como profesional, formaba parte de un bufete de abogados del máximo prestigio que trabaja en las entretelas políticas de Washington y que ha prestado servicios tanto a empresas norteamericanas como a otras extranjeras para conseguir determinados objetivos; entre ellas algunas japonesas.

El nombramiento de Brown introduce en el equipo económico algo que es ya conocido y común a todas las Administraciones norteamericanas: la presencia directa o indirecta de distintos 'lobbies' en el corazón mismo de la toma de decisiones. Aunque en los últimos años Brown se ha apartado de su trabajo profesional, no cabe duda de que puede ser sensible a ciertas influencias. En todo caso, su capacidad negociadora puede ser un valor muy apreciable para los conflictos sobre 'proteccionismo' agrario e industrial en foros como el GATT, o en las negociaciones sobre temas comerciales concretos con la Comunidad Europea y con Japón. Hasta donde participa o no de las ideas de Laura Tyson y de otros neo-keynesianos, o si se verá influido por sus anteriores contactos y sus compromisos políticos, es un tema sobre el que en estos momentos sería arriesgado opinar.

KEYNESIANISMO... POLITICAS DE OFERTA... DEFICIT FISCAL...

El perfil de bastantes nombramientos efectuados por Clinton y su nuevo programa apuntan, pues, hacia un papel *mucho más activo* de Gobierno Federal en la economía y en otros ámbitos de la sociedad, especialmente en los terrenos educativo, medioambiental y de la salud. La opción por una intervención impulsora de la economía desde Washington marca, evidentemente, un giro en relación con la política económica practicada por las administraciones republicanas. Pero, tampoco se reniega -ni mucho menos- de las llamadas 'políticas de oferta'. Al fin y al cabo, el centro de atención será -sobre todo- la mejora de la eficiencia del sistema productivo, vía inversiones en equipo, en investigación básica y aplicada, en mejoras de la mano de obra y en la solución de los problemas infraestructurales, abandonados durante años.

No se trata, pues, en mi opinión, de una nueva contraposición de ideas, volviendo a las viejas polémicas entre keynesianos, monetaristas y/o *supply-siders*. Pero, lo que sí queda claro es que el equipo de Clinton no dejará que las cosas discurren como hasta ahora. Todo aquello que el mercado *no soluciona* (o que incluso empeora, como la marginación y los grupos sociales menos dotados en educación y otros medios) requiere que *las autoridades participen*. También la economía, en momentos de bajo crecimiento, puede recibir impulsos desde el sector público, particularmente en inversiones productivas (renovación de instalaciones, desarrollos tecnológicos) o indirectamente productivas (infraestructuras, comunicaciones, bienestar social...). El equipo de Clinton se orienta pues, claramente, hacia esta nueva frontera. Y muchos norteamericanos le votaron, precisamente, porque abrió nuevas esperanzas en cuanto a la creación de empleos; porque puede mejorar el sistema de educación pública y la asistencia sanitaria de quienes no disponen de medios; porque prestará atención a la vivienda y a combatir el deterioro de las grandes ciudades; y porque, en definitiva, asigna a EE.UU. un papel de líder económico y tecnológico frente al papel de potencia política y militar que ha tenido hasta ahora.

El nuevo giro de la política económica norteamericana constituye, sin duda, un caso tan atractivo como lleno de riesgos. Los tres grandes frentes de dicha política (impulsar la inversión, mejorar las infraestructuras y gastar más en educación y bienestar) exigen aumentos del gasto. Y la recaudación impositiva tiene posibilidades limitadas en una fase de bajo crecimiento económico, incluso si se aumentan los impuestos a los que tienen ingresos más elevados. El

déficit fiscal se resistirá, pues, a la reducción, aunque se recorten los gastos en defensa y en otros frentes. Lo que en último término se pretende es combinar una cierta dosis de keynesianismo (gasto público, estímulos a la inversión privada, 'activismo' frente al libre mercado absoluto) con bastantes de los criterios ligados a políticas de oferta (eficiencia productiva, competitividad a escala internacional, apoyo a las mejoras tecnológicas, formación profesional y del capital humano, etc.). Todo ello con un cierto envoltorio de 'proteccionismo' en favor de la industria norteamericana, como respuesta al proteccionismo que también practican los países que hoy son sus principales contrincantes económicos: Japón y la Comunidad Europea.

Estos son los nuevos aires político-económicos que circulan por Washington. Sus consecuencias a nivel interno y en todo el ámbito internacional sólo podrán valorarse adecuadamente dentro de unos cuantos meses. Pero, su influencia se extenderá, por supuesto, más allá de las fronteras de los Estados Unidos.